

PEDRO PÁRAMO Y ARTEMIO CRUZ: DOS PERSONAJES DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA

ANA MARÍA HERNÁNDEZ DE LÓPEZ
Mississippi State University

Nos hemos rebelado contra el gobierno y contra ustedes porque ya estamos aburridos de soportarlos. Al gobierno por rastroero y a ustedes porque no son más que unos móndeigos bandidos y mantecosos ladrones. Y del señor gobierno ya no digo nada porque le vamos a decir a balazos lo que la queremos decir.¹

Con estas palabras se dirigió a Pedro Páramo el cabecilla de un grupo de guerrilleros del ejército de Pancho Villa. Pedro Páramo en seguida le pregunta: «¿Cuánto necesitan para hacer su revolución? Tal vez yo pueda ayudarlos». (P.P., 101).

No difiere mucho el siguiente párrafo de la obra de Fuentes en donde Artemio escucha también la protesta de los peones que labran sus tierras cuando el protagonista todavía no ha llegado al poder absoluto: «El señor gobierno no se ocupa de nosotros, señor Artemio, por eso venimos a pedirle que usted nos dé una mano».² Y Artemio los promete en seguida su ayuda:

Para eso estoy muchachos. Tendrán su camino vecinal... pero con una condición: que ya no lleven sus cosechas al molino de don Cástulo Pizarro. ¿No ven que ese viejo se niega a repartir ni un cacho de tierra? Traigan todo a mi molino y déjenme a mi colocar las cosechas en el mercado. (A.C., 95)

1. Juan RULFO, *Pedro Páramo*, México, Fondo de Cultura Económica. Decimacuarta edición, 1977, p. 101. Las citas de esta edición aparecerán en el texto entre paréntesis.

2. Carlos FUENTES, *La muerte de Artemio Cruz*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 95. Igualmente, las citas de esta edición se pondrán entre paréntesis en el texto.

Es interesante resaltar cómo al principio los dos protagonistas dialogan con los rebeldes e incluso los sientan a su mesa tratando de sacar partido:

Pardeando la tarde aparecieron los hombres. Venían encarabinados y terciados de carrilleras. Eran cerca de veinte. Pedro Páramo los invitó a cenar. Y ellos sin quitarse el sombrero se acomodaron a la mesa y esperaron callados. Sólo se les oyó sorber el chocolate cuando les trajeron el chocolate, y masticar tortilla tras tortilla cuando les arrimaron los frijoles. (P.P., 100)

De la misma forma Artemio Cruz,

sentó a la mesa a esos hombres, capataces de las tierras, peones de mirada brillante, gente que desconocía las buenas maneras... Convirtió aquella casa en un establo de gañanes que le hablaban de cosas incomprensibles, tediosas, sin gracia. (A.C., 104)

A pesar de estas muestras de confianza ninguno de ellos se fía. Cuando Artemio se da cuenta de que los rebeldes tienen miedo por el poderío de don Cástulo, ordena a uno de sus criados: «Ventura: repárteles sus rifles a los muchachos para que aprendan a defenderse.» (A.C., 95) Este ricachón en ciernes es el primero que alienta a los alzados que no tardarán mucho en usar esos mismos rifles contra él en cuanto se declare sucesor de don Gamaliel Bernal cuyo cacazgo hereda al casarse con Catalina, su hija.

Pedro Páramo también ordena a Damasio, el peón de confianza, que espíe entre «un pelotón de pelones, que resultó ser todo un ejército» villista:

Ya te he dicho que hay que estar con el que vaya ganando... Y este no es un consejo ni mucho menos, ¿pero no se te ha ocurrido asaltar Contla? Para qué crees que andas en la revolución? Si vas a pedir limosna estás atrasado. Valía más que mejor te fueras con tu mujer a cuidar gallinas. (A.C., 111-112)

La Revolución Mexicana de 1910 que se prolonga por muchos años fue un campo fértil para que los novelistas más destacados de México situaran o sitúen el escenario de sus narrativas.

Juan Rulfo en su colección de cuentos *El llano en llamas*, de 1953, y sobre todo, en su novela *Pedro Páramo* de 1955, y Carlos Fuentes en varias de sus obras (aquí nos vamos a referir a *La muerte de Artemio Cruz* de 1962), colocan a sus protagonistas anclados en la época revolucionaria, y hacen ver a los lectores que estos personajes, Pedro Páramo y Artemio Cruz, en concreto, son justamente el fruto de una época, el fruto de un período zarandeado por luchas internas, en un país en el que cada generación tiene que anular a los antiguos poseedores y sustituirlos por nuevos amos, tan rapaces y ambiciosos como los anteriores.

Juan Rulfo sufrió en su propia carne los trágicos efectos de este período. Siendo todavía niño vio la muerte de su padre a manos de uno de los peones de su hacienda. «A mi abuelo lo colgaron de los dedos gordos y los perdió», dice Rulfo, y durante la guerra de los cristeros, sólo unos años después, murieron varios tíos carnales como consecuencia de estas revueltas. Casi de inmediato falleció su madre abrumada ante tanta desgracia. No es, pues, nada extraño que Rulfo presente en su obra tantos tipos de muertes y de muertos en relación directa con una época abatida en todos los aspectos por las revoluciones. La aserción de Ruffinelli es evidente: «El proceso creativo ha producido en Rulfo la literatura que conocemos, pero su raíz, su origen, está allí, en el pueblo nativo.» (12). Pedro Páramo, ese «rencor vivo», ejemplifica con su vida y su muerte la tesis que trataremos de probar.

En cuanto al personaje de Fuentes, Artemio Cruz, comienza su aventura como teniente de la revolución en lucha con los federales reorganizados por Obregón. Es un mestizo bastardo que va a la revolución por egoísmo, se acerca al caudillo más poderoso cuyo éxito le permite a él coronarse con los laureles de la victoria. Se casa con la hija del cacique oligarca de la localidad y se impone a éste para apoderarse de sus propiedades; se alía con los capitalistas extranjeros, y más tarde forma parte de la oligarquía que gobierna el país en nombre de la revolución. Su muerte simboliza el término de la contienda; de ahí que Artemio Cruz represente todo el proceso revolucionario mexicano, como intentaremos hacer ver.

Con anterioridad al estallido de la revolución, la expropiación de tierras de las comunidades para construir ferrocarriles fue el germen del levantamiento de los campesinos que en lugar de labrar sus propias fincas pasaron a ser obreros de la construcción. Los campesinos sintieron con el despojo de sus tierras

una destrucción de sus vidas, de sus relaciones entre sí y con la naturaleza, de sus ritmos vitales, de sus tradiciones. Era una potencia humana y hostil que penetraba arrasando, sometiendo, destruyendo cuanto les era querido y constituía su identidad social. Y esa potencia se materializaba, además, en el ejército federal, ese monstruo que mediante la leva se construía con la propia sangre campesina. (Gilly, 25)

No eran vanas las advertencias de la novela, como «tenga cuidado con los federales, que andan tronando a todo el que le da ayuda a los alzados.» (A.C., 65). Uno de los personajes de Fuentes, el teniente Aparicio, al frente de un grupo de rebeldes arenga a su propia gente en contra de los federales:

¡Que sepan bien contra quien peleamos! Obligan a hombres del pueblo a matar a sus hermanos. Vean bien. Así mataron a la tribu yaqui porque no quiso que le arrebataran sus tierras. Igual mataron a los trabajadores de Río Blanco y Cananea,

porque no querían morir de hambre. Así matarán a todos si no los partimos la madre. Vean. (A.C., 81)

Por otra parte, los federales porfirianos tratan de incorporarse en la forma que sea. No quieren que se filtre una sola línea sobre la represión de la policía contra los alborotadores; y cuando un oficial asegura que se van a enterar porque «hay un muerto» y la hoja de los trabajadores publicará en seguida la noticia, el «señor» le contesta sin rodeos: «¿Y en qué está pensando? ¿No le pago yo para pensar? Avise a la Procuraduría para que cierren esa imprenta...» (87). Es el abuso de los que se creen en el poder sin la menor idea de los derechos de los otros.

Artemio, oligarca del gobierno, que recordaba los nombres de todos, sus quiebras fraudulentas, las devaluaciones monetarias, que adivinaba cualquier cosa mirando a los ojos, o por los movimientos de los hombros o de los labios, se permitía el lujo de decirles lo que pensaba. Refiriéndose a Juan Felipe Couto, un amigote, no tuvo inconveniente en afirmar:

Obtuvo con mi ayuda la concesión para construir esa carretera en Sonora. Incluso le ayudé para que le aprobaran un presupuesto como tres veces superior al costo real de la obra, en la inteligencia de que la carretera pasaría por los distritos de riego que les compre a los ejidatarios. Acabo de informarme de que el lánagara también compró sus territas por aquel rumbo y piensa desviar el trazo de la carretera para que pase por sus propiedades, (A.C., 87-88)

y recurre a la calumnia y a la traición: «¡Pero qué cerdo! Tan decente que parece.» (A.C., 88). Y dirigiéndose a una de sus periodistas pagadas le dice:

Ya sabes; metes unos cuantos chismes en tu columna hablando del inminente divorcio de nuestro prohombre... muy suavcito, no más para que se nos asuste. Además tenemos unas fotos de Couto en un cabaret con una güerota que de plano no es Madame Couto. (A.C., 88)

En palabras de Trotsky, la historia de las revoluciones es, por encima de todo, la historia de la irrupción violenta de las masas en el gobierno de sus propios destinos.

En la Revolución Mexicana los terratenientes y el estado trabajaban a una, formaban una sola entidad; la oposición estaba compuesta por el pueblo bajo: los campesinos y los indios. Avanzando la revolución a estos últimos se unió el clero, dando lugar a las guerras de religión que tantos estragos causaron. Es evidente, pues, que el principal ingrediente de esta revolución fuera también la violencia. El pueblo mexicano se rebela contra la estructura del estado en manos de los grandes hacendados; es el pueblo, sobre todo la masa campesina, la que se levanta, como decimos, pidiendo la tierra.

Al comienzo de *Pedro Páramo* tenemos ya un efecto de la Revolución Mexicana que tantos padres se llevó por delante y que, por otra parte, dio lugar a tantos hijos abandonados. La primera frase «Vine a Comala porque me dijeron que acá vivía mi padre, un tal Pedro Páramo», está pronunciada por un personaje huérfano, al menos un hijo que no vive con su padre: Juan Preciado, un hijo del arroyo, que en lugar de apellidarse Páramo, lleva el apellido de su madre, Dolores Preciado.

Artemio Cruz es también el hijo de la calle llegado al mundo en el antro de una mulata.

La temática del padre impregna las dos narrativas. En Rulfo esta idea está dada por el hijo que busca a su padre, y cuando indaga por primera vez en un camino es respondido por otro que también es hijo de Pedro Páramo, porque aquel latifundio de la Media Luna está regado por los hijos del cacique; «el caso es que nuestras madres nos parieron en un petate aunque éramos hijos de Pedro Páramo» (35), dice Abundio Martínez a su hermano Juan a poco de comenzar la novela. En *La muerte de Artemio Cruz* el protagonista y otros personajes giran en torno a su progenitor ya sea con normalidad o escondidos de su vista como el propio Artemio. En esta obra encontramos un paralelo evidéntísimo con una de las escenas más crudas de *Gringo viejo*, otra novela del autor mexicano. El origen del ahora coronel Artemio Cruz, y el del general Tomás Arroyo es idéntico. Su nacimiento, su vida desde los primeros años, tienen cantidad de puntos en común. Para usar las palabras de Carlos Fuentes, los dos son hijos de la chingada.³

La historia mexicana del momento abunda en detalles sobre la vida del caciquismo en los campos. Para el cacique no hay ninguna limitación, abusa de los inferiores a su antojo sin que nadie se atreva a chistar. El padre de Artemio Cruz es un terrateniente, don Atanasio Menchaca, que regó la hacienda de hijos sin apellido verdadero, y así el protagonista de esta novela fue bautizado por los mulatos con uno de los nombres de la que le trajo al mundo «Isabel Cruz o Cruz Isabel, la madre que fue corrida a palos por Atanasio: la primera mujer del lugar que le dio un hijo.» (A.C., 306). Desde su nacimiento vivió con Lunero, el hermano de su madre, en un establo, no lejos de la casa grande de los Menchaca pero sin tener acceso a ella jamás. Tomás Arroyo vino al mundo y vivió también en los cuartos de servicio con su madre, «una criada abusada»,⁴ a pocos pasos de la mansión de los Miranda, cuyo apellido le pertenecía. Ambos son los hijos de la injusticia y como tal se rebelan después. Para ellos lo que vale es el abuso, la grosería, el avasallamiento, la traición. Se vengan de sus gentes sin

3. Entiendo por «chingada» la acción de abusar de dos mujeres, no que ellas merezcan ser llamadas por ese nombre.

4. Ver mi artículo «*Gringo viejo* y la Revolución Mexicana», en *Interpretaciones a la obra de Carlos Fuentes: Un gigante de las letras hispanoamericanas*. Edición de Ana María Hernández de López, Madrid, Beramar, 1989.

piedad. Artemio le dice a su esposa: «Sí, estoy vivo y a tu lado, aquí, porque dejé que otros murieran por mí. Te puedo hablar de los que murieron porque yo me lavé las manos y me encogí de hombros.» (A.C., 114). Pedro Páramo se venga de su pueblo dejando los campos baldíos cuando a la muerte de Susana San Juan, la única mujer a quien quiso de verdad, organizan festejos sin respetar su dolor: «Me cruzaré de brazos y Comala se morirá de hambre.» (P.P., 121). Y no mucho después el pueblo termina por desaparecer porque cuando a él mismo «le faltaba poco para morir vinieron las guerras esas de los “cristeros” y la tropa echó rialada con los pocos hombres que quedaban.» (P.P., 85).

Los dos son personajes sin entrañas, se dejan odiar por la familia y por quienes les conocen.

Carlos Fuentes señala a Pedro Páramo como,

héroe del maquiavelismo patrimonial del Nuevo Mundo, señor de horca y cuchillo, amo de vidas y haciendas, dueño de una voluntad que impera sobre la fortuna de los demás y apropia para su patrimonio privado todo cuanto pertenece al patrimonio público. (Inframundo, 13)

Para Monsivais *Pedro Páramo* «muestra los procesos de injusticia y despojo, las maneras en que la posesión de tierras y dinero se traduce en soberanía sobre vidas y honras.» (Monsivais, 31).

No hay duda de que a Pedro Páramo le huían todos. Hasta Gerardo, el que llevaba sus cuentas, se presenta una tarde con esta sorpresa: «Me voy don Pedro. A Sayula. Allí volveré a establecerme», y el cacique le contesta: «Ustedes los abogados tienen esa ventaja; pueden llevarse su patrimonio a todas partes, mientras no les rompan el hocico.» (P.P., 106).

La vida del cacique termina con el parricidio de Abundio Martínez, quien al no conseguir de su padre, ni siquiera prestado, lo que necesitaba para enterrar a su mujer, comete el asesinato.

Artemio Cruz evoca su desgracia a lo largo de toda su vida. Este personaje tiene un período álgido marcado por su auge y su progreso tanto en el terreno económico como en el político-social, pero simultáneamente con este ascender está la contrapartida de su retroceso. Cruz va perdiendo los valores morales a medida que aumenta su deseo exaltado de poderío y de dinero que abocan a su corrupción y a su ruina.

Se ha dicho que esta novela es una obra de denuncia y traición (Stoopen). En mi opinión no se puede dudar de esa evidencia. Vemos la denuncia en el pensamiento del escritor traducido en sus palabras; la traición en el comportamiento del protagonista. Artemio actúa en la obra como un rechazo de lo que él tuvo que ser sin quererlo, sin saberlo siquiera, y mediante ese rechazo va tratando a todo el que le rodea. A Artemio le odia su mujer desde que le conoce, le odia su hija, y le odian los que le tratan aunque tengan que disimular.

Es interesante significar el paralelo de *La muerte de Artemio Cruz* con la Revolución Mexicana. «Desde ese presente que vive el país en las obras iniciales de Fuentes, el escritor sondea la historia porfiriana, revolucionaria y posrevolucionaria» (García Gutiérrez, 169), que está comprendida en la novela que nos ocupa.

Hay doce apartados en la novela encabezados solamente con una fecha que corresponde a los meses del año sin orden cronológico. En el de fecha más remota, 18 de enero de 1903, que aparece casi al final de la novela, Carlos Fuentes señala a la abuela de Artemio Cruz recordando otros tiempos

los de su niñez antes de casarse con el teniente Ireneo Menchaca y sumarse a la vida y fortuna del general Antonio López de Santa Anna y obtener de su venia las ricas tierras junto al río... Eran los días gloriosos de México, cuando los Menchaca dejaron la hacienda en manos del hijo mayor, Atanasio..., y subieron al altiplano a brillar en la corte ficticia de Su Alteza Serenísima. ¡Cómo iba a vivir el general Santa Anna sin su viejo compañero Menchaca —coronel ahora— que sabía de gallos y palenques y podía pasarse la noche bebiendo y recordando (mil cosas). Incluso las derrotas frente al ejército invasor yanqui. (A.C., 290-291)

La repetición de la historia con saltos en el tiempo es clarísima. Son los días de Antonio López de Santa Ana que había llegado a la presidencia por primera vez y se retiró a sus plantaciones de Jalapa, dejando el gobierno en las manos de su vicepresidente Valentín Gómez Farias, veinte años antes de que México perdiera gran parte de su territorio en la guerra con los Estados Unidos, en 1854.

La parte de Gómez Farias la representa Menchaca en la ficción, la de López de Santa Ana se repite.

El apartado siguiente cronológicamente, es el tercero de la novela y corresponde al 4 de diciembre de 1913. La revolución está en uno de sus períodos más álgidos. Un grupo de rebeldes en lucha contra los federales,

venían cansados desde Sonora y merecían un asueto... Por cuanto pueblo pasaba el general averiguaba las condiciones de trabajo y expedía decretos reduciendo la jornada a ocho horas y repartiendo las tierras entre los campesinos... era mejor que le quitaran en seguida el dinero a los ricos que quedaban en cada pueblo y esperaran a que triunfara la revolución para legalizar lo de las tierras y lo de la jornada de ocho horas. Ahora había que llegar a México y correr de la presidencia al borracho Huerta, el asesino de don Panchito Madero... (A.C., 70)

Efectivamente, el 19 de febrero de 1913 tuvo lugar un golpe de estado que terminó con la presidencia de Francisco I Madero, en la conocida «Decena Trágica», en México, cuando el presidente fue hecho prisionero. Victoriano Huerta se alzó con el poder de los Estados Unidos Mexicanos el 20 de febrero, y el 22 cuando Madero era trasladado desde el Palacio Nacional a la Penitenciaría «en

el trayecto se hizo aparecer que fue asaltada la escolta, resultando muerto Madero.» (Historia Gráfica, 545).

Al conocerse los acontecimientos en el estado de Sonora, deciden vengar la traición de Victoriano Huerta, sucesos que conociendo la historia es fácil identificar. Fuentes se fija en diciembre de 1913, cuando Huerta celebró su onomástica con gran pompa.

En el siguiente apartado y séptimo del libro, octubre 22, 1915, tenemos un sangriento encuentro entre los hombres de Villa y los de Carranza. Artemio y el yaqui Tobías caen prisioneros del coronel villista Zagal. Éste después de grandes torturas los interna en la prisión de Perales. Zagal ofrece la libertad a Artemio si le revela los planes de los que los persiguen.

Estamos cansados —le dice— son muchos años de pelear desde que nos levantamos contra don Porfirio. Luego peleamos con Madero, luego contra los colorados de Orozco, luego contra los pelones de Huerta, luego contra ustedes los carranclanes de Carranza. (A.C., 184-185)

Este pasaje alude a una de las grandes derrotas de la División del Norte. Pensamos que el coronel Zagal representa en la novela al general Rodolfo Fierro. Ambos mueren en octubre de 1915 peleando al lado de Pancho Villa contra las tropas de Venustiano Carranza.

La continuación de este capítulo, séptimo de la novela, puede encontrarse retrocediendo al segundo, 20 de mayo de 1919, donde los villistas son dispersados por el presidente Carranza.

Como no hay espacio para más, vamos a terminar con el capítulo quinto que corresponde al 23 de noviembre de 1927. Este apartado de trece páginas evidencia la más exacta realidad vivida en México en noviembre de 1927, cuando el atentado al candidato a la presidencia, Álvaro Obregón, que había gobernado el país con anterioridad desde diciembre de 1920 hasta diciembre de 1924. En 1927 la guerra de los cristeros está en pleno apogeo. Se dio un decreto cerrando las iglesias al culto, y el clero unido a los revolucionarios combatió contra el gobierno a la voz de ¡Viva Cristo Rey! Una religiosa, la madre Concepción Acevedo, se distinguió por su ayuda a los rebeldes. Es la época del presidente Plutarco Elías Calles. Un párrafo de la novela, entre otros muchos alusivos, dice refiriéndose al protagonista que

le compró el periódico a un voceador y trató de leerlo mientras manejaba, pero sólo pudo echar un vistazo a los encabezados que hablaban del fusilamiento de los que atentaron contra la vida del otro caudillo, el candidato. Él lo recordó en los grandes momentos, en la campaña contra Villa, en la presidencia, cuando todos le juraron lealtad y miró esa foto del Padre Pro, con los brazos abiertos, recibiendo la descarga. (A.C., 136)

Efectivamente, los autores del atentado a Obregón, convictos y confesos, fueron ajusticiados, fusilándolos en el patio de la Inspección de Policía; entre los ajusticiados estaba el presbítero Miguel Agustín Pro-Juárez. El asesinato de Obregón se llevó a efecto en julio siguiente durante un banquete.

El título de las dos novelas indica terminación, aniquilamiento. En la de Fuentes con la palabra «muerte» todo ha concluido, Artemio ha dejado de existir. En la de Rulfo, Pedro es piedra y Páramo es algo seco, sin vegetación, baldío, sin vida. Los dos títulos significan entonces algo que termina también o que debe terminar: La guerra entre hermanos, el abuso de los terratenientes que es también el abuso del poder, y la violencia de los otros, todo ello germen compuesto de la Revolución Mexicana.

BIBLIOGRAFÍA

- CASASOLA, GUSTAVO, *Historia gráfica de la Revolución Mexicana*, México, Editorial F. Trillas, S.A., 1967.
- FUENTES, CARLOS, «Rulfo, el tiempo del mito», en *Inframundo, el México de Juan Rulfo*, México, Ediciones del Norte, 1983.
- GARCÍA GUTIÉRREZ, GEORGINA, *Los disfraces. La obra mestiza de Carlos Fuentes*, México, El Colegio de México, 1981.
- GILLY et al., *Interpretaciones de la Revolución Mexicana*, México, Editorial Nueva Imagen, 1980.
- MONSIVAIS, CARLOS, «Sí, tampoco los muertos retornan, desgraciadamente», en *Inframundo, el México de Juan Rulfo*, México, Ediciones del Norte, 1983.
- RUFFINELLI, JORGE, *El lugar de Rulfo y otros ensayos*, México, Universidad Veracruzana, 1980.
- STOOPEN, MARÍA, *La muerte de Artemio Cruz: Una novela de denuncia y traición*, México, Universidad Autónoma de México, 1982.